

“SEÑOR DAME AGUA DE ESA”

15 de Marzo de 2020

Evangelio según JUAN 4, 5-42

Llegó así a un pueblo de Samaría que se llamaba Sicar, cerca del terreno que dio Jacob a su hijo José; estaba allí el manantial de Jacob.

Jesús, fatigado del camino, se quedó, sin más, sentado en el manantial. Era alrededor de la hora sexta.

Llegó una mujer de Samaría a sacar agua. Jesús le dijo:

-Dame de beber.

(Sus discípulos se habían marchado al pueblo a comprar provisiones.)

Le dice entonces la mujer samaritana:

-¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana? (porque los judíos no se tratan con los samaritanos).

Jesús le contestó:

-Si conocieras el don de Dios y quién es el que te pide de beber, le pedirías tú a él y te daría agua viva.

Le dice la mujer:

-Señor, si no tienes cubo y el pozo es hondo, ¿de dónde vas a sacar el agua viva? ¿Acaso eres tú más que nuestro padre Jacob, que nos dio el pozo, del que bebió él, sus hijos y sus ganados?

Le contestó Jesús:

-Todo el que bebe agua de ésta volverá a tener sed; en cambio, el que haya bebido el agua que yo voy a darle, nunca más tendrá sed; no, el agua que yo voy a darle se le convertirá dentro en un manantial de agua que salta dando vida definitiva.

Le dice la mujer:

-Señor, dame agua de ésa; así no tendré más sed ni vendré aquí a sacarla...

⋆⋆⋆ ⋆⋆⋆

«En el evangelio de Juan, Jesús se revela a través de diálogos llenos de equívocos y malentendidos. Resulta escandaloso el que Jesús hable con una mujer samaritana.»

La escena es cautivadora. Llega Jesús a la pequeña aldea de Sicar. Está «cansado del camino». Su vida es un continuo caminar y recorrer los pueblos anunciando ese mundo mejor que Dios quiere para todos. Necesita descansar y se queda «sentado junto al manantial de Jacob».

Pronto llega una mujer desconocida y sin nombre. Es samaritana y viene a apagar su sed en el pozo del manantial. Con toda espontaneidad Jesús inicia el diálogo: «Dame de beber».

¿Cómo se atreve a entrar en contacto con alguien que pertenece a un pueblo impuro y despreciable como el samaritano? ¿Cómo se rebaja a pedir agua a una mujer desconocida? Aquello va contra todo lo imaginable en Israel. Jesús se presenta como un ser necesitado. Necesita beber y busca ayuda y acogida en el corazón de aquella mujer. Hay un lenguaje que entendemos todos porque todos sabemos algo de cansancio, soledad, sed de felicidad, miedo, tristeza o enfermedad grave.

Las necesidades básicas nos unen y nos invitan a ayudarnos, dejando a un lado nuestras diferencias. La mujer se sorprende porque Jesús no habla con la superioridad propia de los judíos frente a los samaritanos, ni con la arrogancia de los varones hacia las mujeres.



Entre Jesús y la mujer se ha creado un clima nuevo, más humano y real. Jesús le expresa su deseo íntimo: «Si conocieras el don de Dios», si supieras que Dios es un regalo, que se ofrece a todos como amor salvador... Pero la mujer no conoce nada gratuito. El agua la tiene que extraer del pozo con esfuerzo. El amor de sus maridos se ha ido apagando, uno después de otro.

Cuando oye hablar a Jesús de un «agua» que calma la sed para siempre, de un «manantial» interior, que «salta» con fuerza dando fecundidad y vida eterna, en la mujer se despierta el anhelo de vida plena que nos habita a todos: «Señor dame de beber».

De Dios se puede hablar con cualquiera si nos miramos como seres necesitados, si compartimos nuestra sed de felicidad superando nuestras diferencias, si profetas y dirigentes religiosos piden de beber a las mujeres, si descubrimos entre todos que Dios es Amor y sólo Amor.

ENSÉÑAME, SEÑOR, TUS CAMINOS

Son tantos los lugares recorridos
y tantos los sueños tenidos
creyendo y afirmando
que no hay más caminos
que aquellos que marca el caminante
con sus pasos y sus decisiones...
que hoy mi palabra duda y teme alzarse.

Pero desde este lugar
en que me encuentro,
a veces sin rumbo y perdido,
a veces cansado y roto,
a veces triste y desilusionado,
a veces como al inicio,
te susurro y suplico:

Enséñame, Señor, tus caminos;
tus caminos verdaderos,
tus caminos desvelados y ofrecidos,
seguros, limpios y fraternos,
tus caminos de gracia, brisa y vida,
tus caminos más queridos,
tus caminos de "obligado recorrido",
a contracorriente
de lo que más propaganda ofrece,
que se recorren en compañía
y nos dejan a la puerta
de tu casa solariega.

Llévame por tus avenidas de paz y justicia,
por tus rotondas solidarias y humanas,
por tus autopistas de libertad y dignidad,
por tus cañadas de austeridad y pobreza,
por tus sendas de utopía y novedad
y, si es preciso,
campo a través siguiendo tus huellas
y por la calle real
de la compasión y misericordia.

Y que, al llegar a la puerta de tu casa,
pueda lavarme y descansar en el umbral,
oír tu voz que me llama, y entrar
para comer y beber contigo
y sentirme hijo y hermano en el banquete
preparado por ti y tus amigos.
Y, después, salir,
con energía y esperanza redobladas,
a preparar tus caminos.

¿Cuál es esa agua que Jesús ha dado a la samaritana? Releyendo el relato, se advierte que la mujer va cambiando su imagen de Jesús. Al principio lo considera un simple judío, que no le merece gran respeto. Luego lo descubre como profeta, conocedor de cosas ocultas. Más tarde se pregunta si no será el Mesías, alguien que merece toda su consideración, aunque destruya sus convicciones religiosas precedentes; alguien que le revela la recta relación con Dios.

Entre los valores que, sin duda, se encierran en la vida de los pobres está el de la utopía. Lo digan o no, ellos piensan que este mundo está llamado a una plenitud distinta, justa, compartida. Esta capacidad para mantener la utopía es lo que hace a los desfavorecidos «sacerdotes» de un bautismo nuevo, el bautismo de los pobres, aquel que nos puede incluir en la comunidad de quienes aspiran a la plenitud y a la justicia. De este bautismo está necesitada la comunidad de seguidores/as.



El bautismo de los pobres

Es aquel que está hecho de su acogida, de su comprensión, de su perdón y del contagio de sus anhelos de justicia. Cuando se es acogido por los pobres se puede vivir en parámetros de igualdad; cuando se cuenta con su comprensión puede uno colaborar en empresas de solidaridad en modos igualitarios; si se tiene el privilegio de ser perdonado/a por ellos, la dicha puede aflorar a la vida. De esta manera se llega a tener el beneficioso contagio de la sed de justicia que riega el fondo de las pobreza. Un bautismo que, en definitiva, nos recrea.

PARA REFLEXIONAR

- ✚ ¿En qué momento de mi vida descubro a Jesús pidiéndome de beber?
- ✚ ¿Con qué agua apago mi sed: con la que me ofrece la sociedad o con la que me ofrece Jesús?